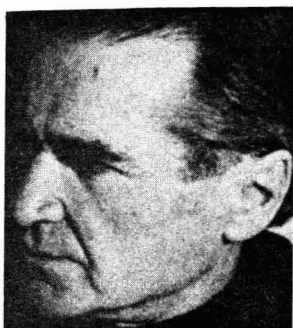


E. M. Cioran o el fin de la Historia

por Armando Pereira



E. M. Cioran

I

En la línea de Baudelaire, Rimbaud y Lautréamont, la obra de Cioran irrumpe en un vasto haz de múltiples significaciones. No hay un solo sector de la realidad (y de lo irreal) en el que no incida el pensamiento del filósofo rumano, para minarlo, para corroerlo, para gozar de ese lento desgaste al que el lenguaje somete a las cosas. La historia, el hombre, la civilización, el arte, la religión, la vida, el poder, la razón, el tiempo, Dios, la eternidad, la muerte, esos grandes temas que cada época ha abordado desde su particular perspectiva histórica, en un inútil y efímero intento de explicación aparecen, bajo su pluma, más allá de toda máscara temporal. La historia, parece decirnos Cioran, no puede ser nunca criterio de verdad. La historia es un producto de los hombres, y por lo tanto, el terreno del error, de la ilusión, de las ideologías: "manufacturera de ideales, mitología lunática, frenesí de hordas y de solitarios, rechazo de aceptar la realidad tal cual es, sed mortal de ficciones". Sólo situándose fuera de la ilusión temporal, sólo asumiendo el sinsentido de la existencia, volviéndole definitivamente la espalda al devenir (que no es otra cosa que repetición, eterno retorno), sólo entonces es posible desnudar a las cosas de la mentira que las cubre, recontrar su esqueleto. "No hay obra que no se vuelva contra su autor: el poema aplastará al poeta, el sistema al filósofo, el acontecimiento al hombre de acción. Se destruye cualquiera, que respondiendo a su vocación y cumpliéndola, se agita en el interior de la historia; sólo se salva quien sacrifica dones y talentos para que, liberado de su condición de hombre, pueda reposar en el ser."

No hay otra historia que la que emerge del cuerpo, ese único lugar que hace posibles las experiencias del placer y del dolor. Y es desde allí, desde el cuerpo atormentado, desde donde puede surgir un tipo de pensamiento que nos exima de la propensión ideologizante. "Sin el dolor, bien lo vio el autor de la *Voix souterraine*, no habría conciencia (...). Para que la conciencia alcance una cierta intensidad, es necesario que el organismo sufra y que incluso se disgregue: la conciencia, en sus principios, es conciencia de los órganos". Y más adelante, e invirtiendo la fórmula pascaliana, Cioran escribe: "Nuestros males físicos, más bien causas que reflejos de nuestros males espirituales, determinan nuestra visión de las cosas y deciden la dirección que tomarán nuestras ideas". Toda doctrina, toda filosofía, todo pensamiento riguroso y sistemático que se erige —no desde el cuerpo, sino desde esa alienación del cuerpo que es la historia— como una "verdad" para los otros, no es en realidad otra cosa que un Sistema de Creencias impuesto sobre los otros. Toda Doctrina de Salvación, provenga de donde provenga, descansa sobre el discurso del poder. Su lógica es la de la razón, que reúne y

homologa, que totaliza reduciendo la diversidad: en aras de la unidad, suprime la diferencia. "Lo que vale esta razón no se lo preguntéis a los filósofos, cuyo oficio es cuidarla y defenderla. Para penetrar su secreto, dirigiros a los que la conocieron a sus expensas y en su carne."

El dolor, en cambio, individualiza, dota de realidad al cuerpo que somos. "Durante el sueño [que en este sentido no se diferencia mucho de las producciones ideológicas] participamos del anonimato universal, somos *todos los seres*; en cuanto el dolor nos despierta y sacude, ya sólo somos nosotros mismos, a solas con nuestro mal, con los mil pensamientos que suscita en nosotros y contra nosotros. . . ¿Cómo concebir una sensación *tal cual* sin el soporte del 'yo', cómo imaginarnos un sufrimiento que no sea nuestro? Sufrir es ser totalmente uno mismo, es acceder a un estado de no-coincidencia con el mundo." La conciencia que emerge de ese cuerpo enfermo, dolorido, será entonces, necesariamente, una conciencia atormentada. De vuelta de todos los sistemas filosóficos, de todas las ideologías, Cioran habla desde el único sitio desde el que aún es posible hablar: su propio dolor. Nada que emerja de él puede constituir una imposición sobre los otros, porque el dolor es único e irrepetible. Su geografía es la del cuerpo que habita, fuera de él se diluye, se extingue en esa extensión sin límites que es el mundo. "Frente a pensadores desprovistos de patetismo, de carácter y de intensidad, y que se modelan sobre las formas de su tiempo, se yerguen otros en los cuales se *siente* que, en cualquier momento en que hubieran aparecido, hubieran sido semejantes a sí mismos, despreocupados de su época, extrayendo sus pensamientos de su propio fondo, de la eternidad específica de sus taras. . . Prendados de su fatalidad, se asemejan a irrupciones, fulgores trágicos y solitarios, cercanos al apocalipsis y a la psiquiatría." Estas palabras que Cioran escribe sobre Kierkegaard y Nietzsche son enteramente aplicables a él mismo. Su escepticismo, su descreimiento de toda doctrina o sistema ("nuestra fuerza se mide por el número de creencias a las que hemos abjurado; así, cada uno de nosotros debería concluir su carrera como desertor de todas las causas") nos remite a esa única región donde el dolor (y la conciencia) es posible. "Instrumento o método en un principio, el escepticismo ha acabado por instaurarse en mí, por llegar a ser mi fisiología, el destino de mi cuerpo, mi principio visceral, el mal del que no sé cómo curarme ni cómo perecer."

No es gratuito, entonces, que Cioran abogue por los vagabundos, los pordioseros, los disidentes de cualquier credo, los exilados, los locos; es decir, los desheredados de la historia, aquellos que han sufrido el discurso del poder en su propio cuerpo. Y por ello mismo reniegan, en sus actos, de todo optimismo, de toda fe, de toda creencia en el devenir o en el progreso: "Los otros, me decía un pordiosero,

encuentran placer en avanzar; yo, en retroceder". Cioran cierra filas con ellos; es uno de ellos: exiliado voluntario de su país (Rumania), exiliado de su lengua, Cioran conoce el vértigo de no ser de ninguna parte. Pero hay aún un exilio mayor que los reúne y los contempla a todos, un exilio que nos separa de los hombres, que nos convierte en antípodas de la especie, en excrescencia de nosotros mismos: el exilio de la razón. "Cuando se execra esta sarna llamada vida, y se está harto de las comezones de la duración, la firmeza del loco en medio de todos sus agobios llega a ser una tentación y un modelo: ¡que una suerte clemente nos dispense de nuestra razón! ... Aspiro a las noches del idiota, a sus sufrimientos minerales, a la dicha de gemir con indiferencia, como si fueran los gemidos de otro, a un calvario en donde se es extraño a uno mismo, donde los gritos propios vienen de otra parte, a un infierno anónimo donde se baila y se ríe mientras se destruye uno. Vivir y morir en tercera persona, exiliarme en mí mismo, disociarme de mi nombre, distraído por siempre del que fui. ... alcanzar, finalmente —puesto que la vida sólo es tolerable a ese precio—, la sabiduría de la demencia."

¿Cómo habitar, entonces, en la historia si los instrumentos (la lógica, la razón, la conciencia) que nos permitirían esa adecuación han sido denegados voluntariamente? Y sobre todo, ¿para qué habitar en ella? Cioran no encuentra ningún sentido, ninguna necesidad en la historia. "¿Hay que tomarse la Historia en serio o asistir a ella como espectador? ¿Hay que ver en ella un esfuerzo hacia una meta o el juego de una luz que se aviva y palidece sin necesidad ni razón?", se pregunta. Y en la respuesta que da a estas cuestiones está implícita su concepción general sobre la vida y el hombre y sobre la pertinencia de cada una de sus producciones. Para Cioran, la historia no es más que un carnaval de máscaras, una bufonada insufrible, un grotesco desfile circense. Habitarla, caer en ella, es deshabitarse uno mismo, asumir, como un rostro propio, las mentiras de la ideología en boga, y así, pertrechados en una nueva fe, salir al mundo, ese espacio —incierto, hostil— que pertenece a los otros. "La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo Improbable... La historia entera está en estado de putrefacción, y sus relentes se desplazan hacia el futuro."

Sólo fuera de una perspectiva temporal, es posible cuestionar las producciones de la historia, su sentido (si es que tiene alguno), su pertinencia. Preso en las coordenadas históricas, sujeto del acontecer, todo juicio sobre la historia se anula en sí mismo desde su propia formulación: cómplice de lo que critica, todo cuestionamiento que emerge de sus formulaciones se torna una farsa, una ficción, una ideología. "Es un simple capricho aceptar o rechazar un periodo —escribe Cioran—: hay que aceptar o

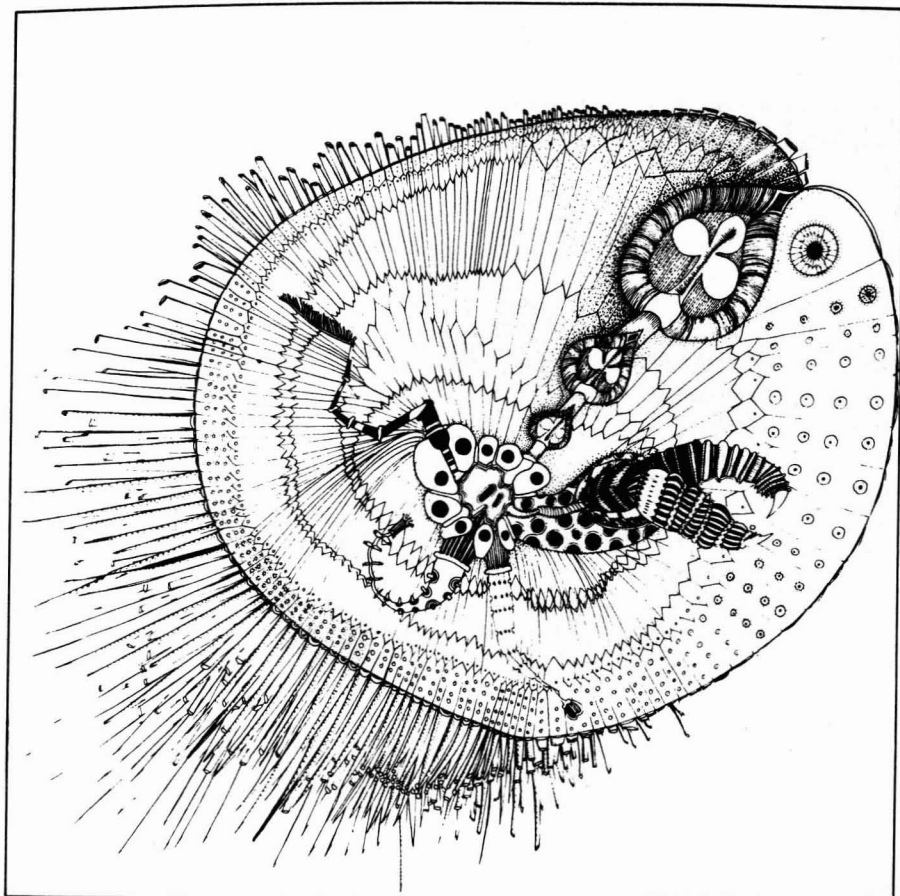
rechazar la historia *en bloque*". Y en otra parte subraya: "Si queremos conservar cierta decencia intelectual, el entusiasmo por la civilización debe ser barrido, lo mismo que la superstición de la Historia." Es desde este descreimiento en el devenir social desde donde Cioran escribe, y su discurso corroe no sólo la historia de la civilización y sus productos, sino al propio discurso racional que la ha hecho posible.

II

La civilización ha surgido y se ha desarrollado a expensas del cuerpo. La conciencia, esa gran ruptura con el animal que fuimos, fue producto —ya lo hemos visto— del sufrimiento infringido sobre el cuerpo. Y fue básicamente la represión —esa primera herida de la que no hemos sabido curarnos— sobre la vida instintiva y pulsional del hombre lo que hizo posible la irrupción de la historia y el nacimiento de la civilización. La caída en el tiempo implicó para el hombre asumir el espacio de los otros; su sociabilidad, al darle una imagen, lo expulsaba de sí mismo, de sus deseos, de sus instintos. "La salvación viene del ser, no de los seres, pues nadie se cura en contacto con sus propios males". El orden social, el mundo histórico, nacía, así, enfermo ya desde su propio origen. Emasculados de nosotros mismos, eyaculados en la historia, hemos perpetuado (y ahondado) nuestras carencias en el contacto con los otros, ese espejo atroz que nos oculta antes que develarnos.

"Uno no avanza ni se 'perfecciona' impunemente", ha escrito Cioran. Y el precio (demasiado alto) que el hombre tuvo que pagar para que su "perfección" se consumara, fue justamente la pérdida de sí mismo. "Una sombra luchando contra simulacros, un sonámbulo que *se mira* caminar, que contempla sus movimientos sin discernir ni su dirección ni su razón... pues resulta *increíble* que se pueda ser hombre, que dispongamos de mil rostros y de ninguno, y que cambiemos de identidad a cada instante sin renunciar con ello a nuestra decadencia". Antes incluso de que esa renuncia se prefigure, el hombre ha optado por perpetuar una ilusión: aferrado a la noción de Progreso, dispuesto a evolucionar a toda costa, afanosamente ha ido construyendo, con sus actos, los barrotes de la prisión en la que se debate. El hombre "se apeg... a la idea de evolución, como si el hecho de *avanzar* fuera a llevarlo necesariamente al grado más elevado de perfección. Queriendo ser distinto, terminará por no ser nada; ya de por sí no es nada. Sin duda evoluciona, pero *contra* sí mismo, a expensas de sí, hacia una complejidad que lo arruina... Cualquier paso adelante, cualquier forma de dinamismo lleva consigo algo de satánico: el 'progreso' es el equivalente moderno de la Caída, la versión profana de la condenación".





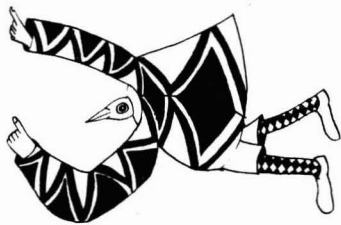
La historia, el ámbito social, son los productos de esa primera caída. Y su signo —lo que la caracteriza— es la inquietud, la búsqueda, el fervor de la acción. Pero el hombre no se conforma sólo con la acción, necesita justificarla con ideas. Y de ahí, los grandes Sistemas filosóficos, las Doctrinas políticas, las Ideologías de todo signo. Cualquier concepción que se apoye en la historia o emerja de ella, oculta, bajo el rigor y la coherencia de sus formulaciones, una insoslayable ansia de poder. “El principal reparo contra el saber es que no nos ha ayudado a vivir. ¿Acaso era esa su función? ¿Acaso no nos hemos acercado a él para que nos confirme en nuestros perniciosos designios, para que favorezca nuestros sueños de poderío y de negación?” Porque el saber, el conocimiento, a la vez que produce la historia, es un producto de ella, y sufre necesariamente la huella del tiempo. La historia del hombre civilizado no es otra que la historia de las ideologías. “Cada época se intoxica con su absoluto, menor y fastidioso, pero de apariencia única; no puede evitarse el ser contemporáneo de una fe, de un sistema, de una ideología, el ser, en resumen, de su tiempo. Para emanciparse, haría falta tener la frialdad de un *dios del desprecio*.” Nada más lejano, sin embargo, del hombre que conscientemente asume la historia, del animal histórico, que ese sentimiento de desprecio. Por el contrario, sus actos están regidos por la pasión por las ideas, por los sistemas, por esa necesidad religiosa de creer a ultranza. (“Incluso cuando se aleja de la religión el hombre permanece sujeto a ella”). Cualquiera que sea el objeto de su fe —Dios, la Razón, La Patria, la Historia, la Raza—, el fanático es capaz de matar o hacerse matar por ella. “El fanático es incorruptible —apunta Cioran—: si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos,

tirano o mártir, es un monstruo. No hay seres más peligrosos que los que han sufrido por una creencia: los grandes perseguidores se reclutan entre los mártires a los que no se ha cortado la cabeza.”

Toda ideología, para cumplir su función en la historia, necesita una alta dosis de fanatismo, de intolerancia. No soporta que los otros no compartan sus creencias, no admite aquello que no la refleje y frente a cualquier pensamiento *diferente* tenderá, mediante la fuerza o la coacción, a reducirlo, a suprimirlo. “Siempre caen cabezas allí donde prevalece una idea; pues no puede prevalecer más que a expensas de otras ideas y de las cabezas que las concibieron o defendieron.” Son estos los medios de que se vale la ideología para imponer su verdad sobre los otros; más tarde, la policía —su instrumento más eficaz— se encargará de convertirla en credo universal. “Mientras una institución se apoya sobre instintos fuertes, no admite ni enemigos ni herejes: los degüella, los quema o los encierra. ¡Piras, cadalsos, prisiones! , no es la maldad la que los inventó, es la convicción, cualquier convicción total.”

La historia se propone, así, como un círculo vicioso cuyo eje rector es el deseo de poder; y las ideologías son el mejor medio para alcanzarlo. “La sed de poder y de dominio tiene demasiada garra sobre su alma: cuando [*el hombre*] sea dueño de todo no lo será ya de su fin. Como no está aún en posesión de todos los medios para destruir y destruirse, no perecerá de inmediato; pero es indudable que se forjará un instrumento de aniquilación total antes de descubrir una panacea, la cual, por otra parte, no parece entrar en las posibilidades de la naturaleza.”

Carnaval grotesco en torno al poder, la historia confunde, de una época a otra, al mártir y al verdugo; su esencia intercambiable es una cosa de tiempo. Pero, de pronto, el tiempo se le vino encima al hombre. Queriendo huir de la muerte, no ha hecho otra cosa que prefigurar su posibilidad universal. No hay escapatoria posible en la medida en que no se reconozca que se ha seguido un camino falso. La Razón, la Civilización, el Progreso: distintos rostros (distintas máscaras) de un mismo pánico: el temor a la muerte, al encuentro consigo mismo, arrojó al hombre en el tiempo, en la historia, lo alienó de su propia carne. Ahíto del frenesí de la acción, de producir a toda costa, no ha hecho otra cosa que producir la posibilidad de extinción de la especie. “La idea de progreso hace de todos nosotros fatuos sobre las cimas del tiempo; pero no existen tales cimas: el troglodita que temblaba de espanto en las cavernas, tiembla aún en los rascacielos. Nuestro capital de desdicha se mantiene intacto a través de las edades; empero, tenemos una ventaja sobre nuestros ancestros: la de haber *invertido* mejor ese capital, al haber organizado mejor nuestro desastre.”



¿Qué sentido ha tenido entonces la historia? ¿Para qué tanto simulacro funambulesco de la razón? ¿A dónde nos lleva esa frenética procesión de civilizados? “Esa chatarra jadeante, réplica de nuestra inquietud, y esos espectros que la conducen, ese desfile de autómatas, esa procesión de alucinados, ¿a dónde van, qué buscan?, ¿qué espíritu de demencia los impulsa?” Si es difícil reconocer que se ha cometido un error, mucho más difícil es atreverse a enmendarlo. Sobre todo cuando ello implica negar todo lo que hemos hecho, la validez de cada uno de nuestros actos, las premisas racionales que han regido la acción del hombre civilizado, ese bárbaro de nuevo cuño. (Recientemente, ha escrito Philippe Sollers: “Vuestra razón, vuestra razón a cualquier precio: eso es en nuestros días lo irracional”.) “Desviación eufórica del malestar original, de esa falsa inocencia que despertó en nuestro ancestro el deseo de lo nuevo, la fe en la evolución, en la identidad del devenir y del progreso, sólo se terminará cuando el hombre, llegado a su límite, al extremo de su desvarío, de vuelta por fin al saber que lleva a la liberación y no al poder, esté apto para oponer irrevocablemente un *no* a sus hazañas y a su obra.”

Sin embargo, el propio Cioran es bastante pesimista con respecto a esta posibilidad. No se suprimen más de dos mil años de civilización y progreso, más de dos mil años de historia, por un acto voluntario. Sobre todo cuando no se está dispuesto a reconocer la inanidad de la ficción en la que se ha vivido. El hombre, en tanto que especie, desaparecerá con su obra, porque su obra, en último término, no fue otra que su propia extinción. Creyendo producir para la vida, no produjo más que la muerte: este último rostro —el verdadero— que no se atrevió a asumir nunca. No quedará entonces del hombre sino una imagen deformada de lo que fue, justamente la imagen de la que partió aterrado de sí mismo, de su futilidad, de su sinsentido. Si su primera caída fue *en* la historia, ahora caerá irremediablemente *de* la historia, y al caer de ella no habrá otro lugar que el tedio. “Pero he aquí que otra caída, cuya amplitud es más difícil de apreciar, amenaza al hombre. Esta vez no se trata solamente de caer de la eternidad, sino del tiempo; y caer del tiempo significa caer de la historia, suspender el devenir, sumergirse en lo inerte y lo gris, en el absoluto del estancamiento donde incluso el verbo se hunde imposibilitado para izarse hasta la blasfemia o la imploración. Inminente o no, esta caída es posible, casi inevitable. Cuando sea la herencia que le toque al hombre, éste dejará de ser un animal histórico. Y entonces, cuando haya perdido hasta el recuerdo de la verdadera eternidad, de su felicidad primera, dirigirá su mirada hacia otra parte, hacia el universo temporal, hacia ese segundo paraíso del cual habrá sido expulsado... ¡Haber perdido tanto la eternidad como el tiempo! El tedio es el rumiar

esa doble pérdida. Tal es el estado normal, el modo de sentir oficial de una humanidad eyaculada finalmente de la historia.”

III

Pero al perder la historia, a Cioran sólo le queda el lenguaje, la escritura, el discurso. Sin embargo, la característica general de todo discurso es la de ser edificante. Constructor de nuevas realidades, se apoya en la lógica de la razón, y los instrumentos que hacen posible su inteligibilidad son la gramática y la sintaxis. Buscador incansable de la Verdad, el discurso racional se pertrecha en el rigor y la coherencia, en la sistematicidad de un método de conocimiento. Y nada más lejano que esto del discurso de Cioran. Por el contrario, el filósofo rumano postula, como igualmente válidos e igualmente nulos, todos los medios de conocimiento. “Todas las vías, todos los procedimientos del conocer son válidos: razonamiento, intuición, repugnancia, entusiasmo, gemido. Una visión del mundo articulada en conceptos no es más legítima que otra surgida de las lágrimas: argumentos y suspiros son modalidades igualmente concluyentes e igualmente nulas”. La sintaxis de Cioran no es la de la lógica de la razón, sino la de la lógica del deseo. Es la gramática de un cuerpo atormentado la que organiza el discurso del filósofo rumano, y sus hallazgos, siempre productos de su más estricta individualidad, no pretenden nunca convertirse en verdades para los otros. Sencillamente, dice su experiencia del mundo. Más cercana a la repugnancia y a las lágrimas que a la razón, la escritura de Cioran busca el silencio. “¿Le diré el fondo de mi pensamiento? Toda palabra es una palabra de más.” Y, sin embargo, escribe. Aferrado a la escritura —ese último reducto del civilizado—, Cioran se traiciona a sí mismo. Es cierto que su discurso, en tanto que atenta no sólo contra la materia de su reflexión sino también y básicamente contra los procedimientos mismos que la hacen posible, es un discurso que, al erigirse, se niega, se destruye a sí mismo. ¿Pero no sería, tal vez, más congruente asumir, de una vez por todas, el silencio, la esterilidad, que tanto han atraído a Cioran?

De cualquier forma, hay algo que resulta aún más paradójico: escribir sobre Cioran es traicionarlo doblemente. ¿Cómo erigir un discurso sobre la negación de todo discurso? ¿Cómo intentar siquiera el entramado de un texto allí donde se pone en cuestión la validez y pertinencia de la escritura? Sin embargo, hay algo en Cioran que lo lleva a escribir (y que impulsa también a escribir sobre él): su escepticismo —bien lo ha visto Esther Seligson— es un *escepticismo apasionado*. Pone demasiada pasión en lo que toca, su conciencia lacerada se entrega plenamente a lo que destruye. Al leer a Cioran, hay un solo sentimiento imposible: la indiferencia. Y es esto, tal vez, lo único que justifica estas páginas.